

la muerte de la bondadosa dama comenzó para él la terrible experiencia de los maltratos que se le aplicaban por cualquier pretexto con la anuencia de su siguiente dueña, la marquesa de Prado Ameno.

... un cuadro de tantas calamidades no parece sino un abultado protocolo de embusterías y más, desde tan tierna edad los azotes me hacían conocer mi humilde condición [...] acuérdesse su merced, cuando lea, que yo soy esclavo y que el esclavo es un ser muerto ante su señor..., le escribía a del Monte, en 1835.¹⁰

De tales noticias se desprende una imagen de la personalidad de Manzano que coincide con la de los personajes de la literatura romántica; las «cuitas» del esclavo con su melancolía, su inclinación lacrimosa y su afición por la soledad no lo diferencian mucho de otros héroes del romanticismo. Manzano quería identificarse con los ilustrados escritores habaneros de su época y su tácita defensa de la condición humana del esclavo trae aparejada la idea de que en este hombre de tez oscura laten los mismos sentimientos del hombre blanco. Es cierto que cuando pudo aprender a escribir a escondidas trazó versos notables, pero pocos de ellos transparentan su propia situación humana y social. En las páginas de su autobiografía dejó fragmentos impercederos de franco cariz antiesclavista, hasta subrayó la rebeldía del esclavo que se subleva contra el «mayoral» que le inflige a él y a su madre crueles castigos: «me le tiré encima con dientes y manos»; se convirtió por un instante de «manso cordero en león», aunque la imagen del manso cordero es la que predomina en todo su relato. Si la narración autobiográfica es una cadena de maltratos infrahumanos y la discriminación racial está evidenciada por multitud de ejemplos, el mismo Manzano manifiesta su propia actitud discriminadora de mulato hacia los negros, se observa como «mulato y entre negros» y anota: «Mi padre era algo altibo y nunca permitió no sólo corrillos en su casa, pero ni que sus hijos jugasen con los negritos de la hacienda».

No halla en lector en las páginas de Manzano una sola mención de la lejana Africa de sus ancestros; era un esclavo criollo y su contexto tanto humano como social no le permitía hacer referencias que hubieran chocado a sus protectores y a las mismas intenciones de su propia obra. Además, su criolledad le vedaba la ilusión de un retorno a Africa, Cuba era su patria y a ella estaba integrado. Por eso, escribía a del Monte:

... me he preparado para haceros una parte de la historia de mi vida, reservando los más interesantes sucesos de ella para si algún día me halle sentado en un rincón de mi patria, tranquilo, asegurada mi suerte y subsistencia, escribir una novela propiamente cubana. (29 de septiembre de 1835.)¹¹

Como mulato liberto Manzano pudo ejercer diversos oficios, fue sastre, pintor, dulcero y cocinero; después de su manumisión publicó su mediocre drama en versos *Zafra* (1842) y algunos poemas en las revistas literarias de la época. Individualmente había obtenido la libertad, pero continuaba viviendo en una sociedad esclavista, sometido a ese sistema de despojo y discriminación. Además, el gobierno colonial y los hacendados y comerciantes «negreros» veían con preocupación durante estos años el lento pero

¹⁰ Juan Francisco Manzano: *ob. cit.* (6), p. 85. Hemos actualizado ortografía y puntuación.

¹¹ Juan Francisco Manzano: *Ob. cit.* (6), p. 87.

seguro incremento de una pequeña burguesía de negros y mulatos libertos tan peligrosa, o más, que las mesnadas de esclavos domésticos y rurales. Esporádicas sublevaciones de esclavos se suceden durante estos años en la región occidental de la isla, principalmente en la actual provincia de Matanzas. Cuando sobrevino la terrible represión de la supuesta Conspiración de la Escalera (1844), Manzano, como otros miles de esclavos y libertos, negros y mulatos, fue encarcelado, encausado y maltratado inmisericordemente. Si no murió por las torturas como tantos otros, ni fue fusilado como tantos otros —entre ellos el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, «Plácido» (1809-1844)— como consecuencia de aquel clima de terror, Manzano prácticamente enmudeció, nunca más publicó una línea, ni se conoce de él ninguna actividad pública. Moriría en 1854.

Conservamos, sin embargo, un documento valioso que refleja la experiencia de Manzano en aquel año terrible que los cubanos conocen aún con el nombre de «el año del cuero». Es una carta que escribió a doña Rosa Alfonso, el cinco de octubre de 1844, cuando aún sufría prisión bajo la acusación de complicidad en aquella conspiración. El documento resulta angustioso colofón de su autobiografía, como un apéndice doloroso y sombrío de aquella existencia sometida a las vejaciones más indignantes: «... así de cárcel en cárcel, de cepos en cepos, de bartolina en bartolina, de calabozo en calabozo» estuvo cerca de «siete meses de calumnias y recelos». A doña Rosa le pedía que «no manifieste a nadie estos pormenores» para poder sobrevivir a «este huracán en que he sido envuelto».¹² No existe otro testimonio más verídico y humano, más atrozmente denunciador de lo que significó aquella tempestad de delaciones, torturas y muertes que se abatió sobre la población negra y mulata de la infeliz colonia y que alcanzó hasta los propios intelectuales blancos que formaban parte de las clases dominantes criollas, que habían mostrado «veleidades» en cuanto al problema de la esclavitud. La actitud sumisa de Manzano, aun después de su manumisión, de nada le valió; era un representante destacado de aquel sector social de la pequeña burguesía negra y mulata que pretendió liquidar el gobierno colonial, y por tanto fue acusado, preso y torturado como otros muchos. En esta carta a doña Rosa Alfonso se revela prudente pero digno, obsequioso pero sin perder su decoro de hombre humilde: «yo no calumnio a nadie, me hallo aquí bajo todo lo que he manifestado a vuestra merced, y además, inocente...».

Verdadera protonovela, los *Apuntes autobiográficos* de Juan Francisco Manzano forman la cantera nutricia de los relatos y novelas que se escriben en Cuba contra la esclavitud. De sus páginas derivan indudablemente tanto el relato breve *Petrona y Rosalía*, de Félix Tanco, como la novela *Francisco*, de Suárez y Romero. Ciertos rasgos y actitudes del relato de Manzano se reiteran en esas narraciones, y aun en otras posteriores, de la corriente antiesclavista en Cuba. El esclavo doméstico era presentado en ocasiones como un «adorno», «un falderillo», «un dije», un paje que servía como marioneta graciosa a sus dueños, quienes gustaban de hacer alarde de la elegancia o belleza física de sus siervos. Así le ocurrió a Manzano, como también a Rosalía en el cuento de Tanco, como a Dorotea en la novela de Suárez y Romero. Queda plasmado el esclavo, desde las páginas primigenias de Manzano, como un ser pasivo e inerte, al que en estos relatos sólo se le permite transitorios arranques de rebeldía. La acción se traslada

¹² *Ibid.*, p. 94.

en ellos de la ciudad al campo, porque era en el ambiente rural y singularmente en los ingenios de azúcar donde la esclavitud mostraba en forma más descarnada su fisonomía abyecta y cruel. De ahí el mérito singular de estos *Apuntes*, punto de partida de la vertiente más valiosa en la narrativa cubana del siglo XIX.

Manzano impregnó sus recuerdos con su quebradiza personalidad humana, su lacrimosa y desdichada situación de un esclavo que esperaba su libertad otorgada graciosamente por sus amos o protectores, remedando en lo posible la imagen de aquellos hombres de letras que lo acogían con deferencia recelosa. Existe un tácito contrapunto entre el mundo interior de Manzano —tal como lo revelan sus cartas, poemas y apuntes autobiográficos— y el macrocosmos en que se movía la sociedad colonial y esclavista. ¿Hasta qué punto quiso ajustar su imagen a la sociedad en que vivía, a la ideología reformista de aquellos hombres que se le presentaban como el sector mejor de aquel régimen que lo atormentó durante toda su existencia? No lo sabremos nunca. Porque aunque no dudemos de su sinceridad, la imagen que nos ofrece parece quebrarse en ocasiones como sometida a la presión de un cartabón que estaba muy por encima del esclavo que trabajosamente —y seguramente a escondidas— iba escribiendo sus recuerdos en aquella prosa tan ingenua como conmovedora.

Merece que nos detengamos un instante en las tertulias delmontinas en los momentos en que estaba presente entre sus concurrentes —escritores blancos que pertenecían a la pequeña o alta burguesía de la época— aquel hombre que mostraba en su rostro el color más oscuro de los que procedían de África, a los que tradicionalmente consideraban «salvajes», «sacos de carbón», «piezas de ébano» y hasta representaciones del demonio. Este hombre les leía su soneto «Mis treinta años», que no desmerecía en ningún punto al lado de las composiciones que ellos mismos, que estuvieron en la escuela, el seminario o la universidad, escribían. ¿Cómo influiría en estos contertulios la lectura de los recuerdos autobiográficos del esclavo? Tanto Suárez y Romero como otros reaccionaban de manera sentimental, lloraban mientras leían las calamidades sufridas por el esclavo. Algo más profundo debía quedar impreso en su sensibilidad, que de alguna manera iban a transmitir a sus obras. Pruebas eficaces las hallamos en esas narraciones escritas por Tanco y por Suárez y Romero, contertulios de del Monte. De la lectura de los *Apuntes autobiográficos* surgirían dos obras representativas de la primitiva narración antiesclavista en Cuba.

Félix Tanco y Bosmeniel, nacido en Colombia en 1796 (según partida bautismal que se conserva, por lo que no deben existir dudas sobre este punto), estuvo ligado a la vida cubana por muchos años, vivió en Matanzas, fue encarcelado, acusado de complicidad en la Escalera, y emigró a los Estados Unidos en 1845. Sin embargo, es una de las figuras más desconocidas de la historia literaria cubana. Ligado a las tertulias de del Monte, mantuvo una larga correspondencia con éste desde 1823. Sus ciento noventa y cuatro cartas reunidas en el tomo VII del *Centón Epistolario* revelan con multitud de datos la paradójica y singular personalidad de este hombre, acre enemigo de la esclavitud, que después ha sido acusado de ser un espía al servicio del gobierno espa-

¹³ Centón..., cit. (5).